



Á nuestros lectores

Desde hace tiempo venimos reinando en introducir ciertas reformas en MADRID CIENTÍFICO. Las reformas de orden material son muy sencillas. Todo se reduce á sacrificar unos miles de pesetas en imprenta y papel. La consolidación alcanzada por MADRID CIENTÍFICO le permite soportar sin ninguna fatiga esa carga, así es que desde hoy pueden contar nuestros lectores con una publicación de esmerada factura. Mas la indumentaria, por sí sola, claro es que no colma nuestras aspiraciones. Estas no se verán cumplidamente satisfechas, hasta tanto que reunamos en torno nuestro una docena de colaboradores *ad hoc*.

El problema, no es problema de un día, ni de un mes, sino cuestión de bastante tiempo. Se halla además erizado de tal cúmulo de dificultades que nos costará trabajo salir triunfantes en la demanda.

La principal dificultad con que se tropieza, á diferencia de lo que muchos creen, no es de orden económico. Ciertamente para disfrutar de buena colaboración, hay que pagar los artículos. Mas si es condición necesaria retribuir los trabajos, no es condición suficiente. No basta buscar personas competentes en un determinado ramo, para mediante cierta remuneración, obtener su valioso concurso. Importa, ante todo, que las producciones del colaborador gusten al público, se lean; importa, ante todo que el colaborador sepa prestar amenidad á su trabajo. Eso es lo difícil en nosotros: hallar colaboradores técnicos que sepan escribir.

Y no se confunda la amenidad con las bagatelas. Una cosa es ser ameno, y otra escribir futesas ó tonterías. Un ingeniero puede escribir un artículo amenísimo respecto á puentes, que á la par resulte instructivo y hasta profundo. Lo que hay es que escribir ese artículo es harto más difícil que calcular un puente. Claro es que el vulgo no lo cree así. Mas así es efectivamente.

Al hablar de amenidad, dicho se está que nos referimos á la compatible con las

materias de nuestra jurisdicción, y partimos siempre del supuesto de que el lector se halla preparado con cierto bagaje de cultura científica. Otra cosa sería pedir imposibles.

Como el día de tan bellos sueños se halla todavía un tanto lejano, por el pronto habremos de resignarnos á ir saliendo del paso entregados casi exclusivamente á nuestras humildes fuerzas. Estas se dirigirán principalmente en el sentido de buscar en las publicaciones extranjeras materias adecuadas á nuestro objeto.

Aun reducida la empresa á estos modestos límites, no es tan llana como á algunos se le antoja. Dadas las aficiones de nuestro público y el nivel medio de la mayoría, hay que leer muchísimas revistas para entresacar algo aprovechable. El trabajo de selección es penosísimo, si se hace con algún cuidado. Al resolvernos á introducir reformas en MADRID CIENTÍFICO, buscamos traductores que nos descargasen de trabajo, y lo que parece tarea sencilla resulta casi imposible en Madrid.

Hay en Madrid, es verdad, numerosos traductores de francés, inglés y alemán. Mas para traducir de electricidad de una revista yanqui, verbigracia, no basta conocer el idioma inglés á la perfección: hay que conocer igualmente la ciencia de Faraday. De otro modo, las obscuridades é incongruencias se suceden sin interrupción, y después de pagadas hay que arrojar las cuartillas al cesto de los papeles. ¿Que en Madrid hay quien sabe electricidad é inglés? Es cierto. Mas esos no aceptan el encargo de traducción: esos ganan en el negocio electrotécnico muchos miles de pesetas, y no van á trabajar por el estipendio que se puede ofrecer á un traductor.

A pesar de todas las dificultades enunciadas, creemos que antes de un par de meses habremos organizado un doble servicio de colaboración y de información que satisfará ampliamente á nuestros suscritores. Verdad que cuanto hagamos en beneficio de éstos será bien poco para pagarles el afecto que dispensan á nuestra Revista.